

Viaje al

PARQUE NATURAL

DE

SOMIEDO

Prologo:

Prácticamente la totalidad de las personas que ocupamos nuestro tiempo libre con entretenimientos como la pesca, la caza, las setas y tantos otros deportes y similares nos gusta aparentar y exagerar nuestros logros, es lo que vulgarmente solemos llamar "tirarse el moco". Un tanto parecido nos ocurre a los viajeros cuando nos juntamos con nuestros amigos y presumimos de haber estado en un país lejano, en una playa exótica o en aquella selva exuberante... Solemos dejar de lado o dar menos importancia esos otros viajes a lugares más cercanos porque pensamos que por su proximidad todo el mundo los conoce y no causaría en nuestros receptores la misma impresión.

Es ley de vida que así sea, aunque la realidad es totalmente distinta y cualquier viaje, por muy corto o cercano puede darnos grandes satisfacciones y cubrir ampliamente nuestros objetivos. Por este motivo en esta ocasión voy a relatar un viaje corto, sencillo y cercano.

Está claro que viajar es un gran beneficio para las personas que lo practican, se amplían conocimientos, se mejora la autoestima, sumas experiencias, aprendes a valorar y comparar lo que tienes, te hace sentir bien y lo más importante retienes en tu memoria momentos inolvidables que al recordarlos te hacen feliz. Pero vayamos al grano pues seguro que algo nuevo aprenderemos de este viaje de cuatro días que realice junto con mi mujer en las dos últimas jornadas del mes de agosto y los dos primeras del mes de septiembre.

Primer día: Hemos madrugado bastante, tanto que aún es de noche, pero tenemos que hacer las maletas y dejar todo recogido.

Poco tardamos con el equipaje pero las tareas de la casa nos tuvieron entretenidos hasta las once de la mañana. Por fin nos ponemos en marcha, llenamos el



depósito de gasolina en la estación de servicio del barrio y por la carretera CL-605 empezamos los 380 kilómetros que nos separan de nuestro destino.

Poco más de cuatro horas y media incluyendo una parada para estirar las piernas y tomar un café. La ruta la hicimos sin incidencias que resaltar, salvo mi sorpresa cuando un cartel

grande anuncia: *“Esta usted en Babia”*.

Yo que siempre había pensado que era una expresión que significa estar distraído o ausente y resulta que es una región de León. La verdad es que lo ignoraba. Preguntando a los lugareños me cuentan que la expresión tiene su origen en la Edad Media cuando los reyes de León acudían a esta zona de vacaciones para relajarse y descansar. Así, cuando la gente acudía a palacio y preguntaban por los reyes les contestaban: *“están en Babia”*.

Nuestra primera parada dentro del Parque de Somiedo la hacemos en un pequeño pueblecito: La Peral. Dejamos el coche en el aparcamiento, que es obligado pues si no eres residente tienes prohibida la entrada al poblado y después de subir una empinada cuesta recorreremos el pueblo en donde podemos apreciar su escaso caserío. Destaca un habitáculo construido en piedra y con el tejado cubierto de retamas, *“un teito”*, (palabra asturleonese que designa cualquier edificio cuya cubierta es de material vegetal y sirve para el refugio de personas y animales).

Han recuperado el antiguo lavadero y bebemos el agua fresca de su caño. Caminando por un sendero durante poco más de un kilómetro nos lleva hasta el Mirador del Rey, que ofrece unas vistas espectaculares del valle y de la sierra. Nos llama la atención un señor que está acomodado unos metros más abajo provisto de prismáticos y un buen equipo fotográfico enfundado en cuero, que se afana en observar con toda atención el panorama. El equipo fotográfico resulta ser un telescopio de alta calidad para observar animales.

Son las 4,30 de la tarde y hacemos el camino de regreso al coche, pero antes aprovechamos un pequeño merendero con dos mesas y una fuente junto al aparcamiento para comer. Un bocadillo de jamón serrano de nuestra tierra con unas rodajas de tomate de mi huerta y el agua fresca de la fuente hicieron las delicias de nuestro paladar. Un manjar.

Continuamos hasta Pola de Somiedo en donde tenemos reservado nuestra habitación en Casa Cesáreo. Nos acomodamos sin entretenernos pues queremos visitar la oficina de turismo antes de que cierre. Allí nos informan de varios senderos con distintas dificultades. Pretendemos hacer alguno de ellos para conocer un poco mejor la zona.

Al salir, aún quedan un par de horas de luz y decidimos recorrer una eco-senda bien señalizada y transitada por los lugareños. Lleva hasta un mirador, desde donde se divisaban unas preciosas vistas del pueblo. De regreso entramos en el Palacio Álvaro Flórez Estrada, actualmente acondicionado como hotel o casona rural con amplios jardines y bañado por río Somiedo. El dueño muy amable nos da invitación para acudir al día siguiente a una visita guiada del Palacio seguido de una actuación de música y poesía.

Cenamos en uno de los restaurantes del pueblo y pedimos para compartir un pastel de cabracho, unos quesos variados y un cachopo, menos mal que solo pedimos un plato de cada porque si no habríamos tenido para dos o tres días. Regamos la comida con una botella de sidra servida en un curioso escanciador que con solo apretar un botón salía la sidra ya escanciada. El cachopo es un plato típico asturiano que se compone por dos filetes de vacuno y entremedias queso y jamón o cecina, se reboza en harina, huevo y pan rallado para después freír en aceite. Se suele acompañar con patatas fritas y pimientos.

Para bajar la cena damos un pequeño paseo por el pueblo y enseguida nos vamos al hotel. El día ha sido largo y estamos agotados.

Nos levantamos a las ocho de la mañana y previo el aseo personal bajamos al desayuno donde Cesáreo, el dueño, nos entretiene con una buena charla sobre el entorno y nos cuenta que la zona fue declarada Parque Natural en 1988. En el año 2000 Reserva de la Biosfera y es hoy uno de los espacios protegidos más importantes y mejor conservados de Asturias. Está compuesto por cuatro valles: Saliencia, El Valle, Somiedo y Pigüena y se corresponden con los cuatro ríos de su mismo nombre. Nos recomienda hacer el sendero de los lagos de Saliencia, así que compramos una barra de pan y un poco de fruta que con el chorizo y tomate que llevábamos de casa será la comida del día.

Una vez en el pueblo de Saliencia una estrecha carretera asfaltada y repleta de curvas nos conduce hasta el alto de la Farrapona o Collada de Balbarán. Dejamos el vehículo en un amplio aparcamiento y mochila a la espalda y bastón en mano iniciamos el sendero. Primero por una suave bajada. Las vistas son bellísimas y el macizo de las Ubiñas parece saludarnos con sus altas cimas desde la lejanía.

En poco más de 25 minutos llegamos al primer lago. Es el lago de la Cueva. Nos sentamos para contemplar su belleza con tranquilidad y disfrutar del momento. Ay está, con las aguas dormidas en su cuenca y rodeado de empinadas montañas, unas vestidas de verde en donde pasta el ganado y estas otras en donde nos encontramos de color rojizo por la cantidad de hierro que contiene la tierra. Impresiona ver el agua de un color verde azulado que se convierte en azul turquesa en sus orillas. Al fondo parece un espejo y refleja el cielo con sus nubes, las montañas y la escasa vegetación.

Un cartel informativo nos indica el origen glaciar de los lagos y la explotación minera de la zona. Continuamos por la empinada cuesta hasta que llegamos a la laguna de la Mina, ahora seca y cubierta de vegetación.



No nos detenemos demasiado y seguimos hasta que la cima se convierte en una esplendorosa pradera. El sol calienta con fuerza y en prevención acabamos con la escasa crema solar que nos queda y nos cubrimos con el sombrero. Unos pasos más adelante empezamos a divisar el lago Cerveriz al que se puede acceder tras un pequeño descenso, pero antes una señal nos advierte que debemos dirigirnos al sudeste en busca del lago Calabazosa. El sendero es estrecho y discurre entre piedras y peñascos pero pronto asoman las aguas verdeazuladas. Nuevamente nos sentamos en lo alto de una roca para disfrutar de esta belleza natural y meditar sobre sus orígenes. Distintos arroyos le abastecen de agua, llegando a ser el lago más profundo de Asturias. Tiene su desagüe mediante una tubería al lago de la Cueva.

Volvemos sobre nuestros pasos e iniciamos una suave bajada en busca del lago Cerveriz. Sus aguas de color verde oliva parecen menos transparentes que las anteriores.

El sendero continúa ahora bien marcado entre prados en donde pastan numerosas vacas. Hace calor y vamos sudorosos pero de vez en cuando una suave brisa

nos refresca a pesar de su olor pestilente a caca y pis de vaca, ni que decir cuando pasamos cerca de los dormideros que se hace mucho más intenso.

Hacemos un alto en el camino para tomar un poco de agua y se nos acerca un ternero pequeño. Tanto se arrima que justo en el momento que estoy bebiendo se lanza hacia mí y me empuja con la testa tirándome patas arriba. Al levantarme insiste en su investida, pero esta vez consigo esquivarle y me valgo del bastón y unas voces para ahuyentarlo. Todo ha quedado en una graciosa anécdota que recordaremos siempre.

Pasamos cerca de manadas de vacas y más vacas subiendo hasta un collado desde donde se contempla un impresionante paisaje de pastos y pequeñas lagunas, al fondo las crestas de las montañas parecen vigilarnos.

Seguido iniciamos una ligera bajada en busca de nuestra meta, el Mirador de la Miaja. A cada paso que damos se va descubriendo un trozo del bellissimo valle del Lago. A nuestra izquierda, al pie de la montaña, se muestra el lago del Valle, el más grande de Asturias, aunque ha sido recrecido en uno de sus lados para el aprovechamiento hidroeléctrico.

Llegamos al mirador, el paisaje es extraordinario, majestuoso. Ante nuestros ojos y bajo un inmenso cielo azul con algunas nubes blancas se muestra encajonado entre montañas un valle verde de más de siete kilómetros desde la población del Valle hasta el lago de su mismo nombre.

Un camino de tierra sale del caserío y va comunicando los numerosos prados de siega hasta llegar al lago. Paralelo al camino una línea de árboles y arbustos nos marca el discurrir del río. En su otra orilla se extiende un frondoso hayedo que asciende la ladera hasta perderse de vista. Sus tonos son verdes más oscuros y en ciertos corros las hojas se tiñen de colores ocre-rojizo, lo que nos indican que se acerca el otoño.

Respiramos profundamente satisfechos saboreando el instante y queriendo retener el momento en nuestra memoria. Las casi tres horas de camino han merecido la pena. Allí mismo, sentados sobre la hierba contemplando el delicioso panorama, nos comemos el bocata.

Después del merecido descanso iniciamos el camino de regreso por el mismo sendero que habíamos llevado. Nos encontramos con otros grupos que hacen el mismo recorrido y con algunos nos entretenemos charlando y les facilitamos datos del camino que les queda. Es un placer cruzarte con otros senderistas parar a hablar un rato, así sin más, como si nos conociéramos desde siempre...

Despidiéndonos del lago de la Cueva con un hasta pronto llegamos al parking de la Farrapona tras de seis horas de excursión.

Paramos en Veigas para ver el pueblo y nos acomodamos en la pequeña terraza del bar junto al río para tomar una cerveza. No sé si el cansancio, el entorno o tal vez el ruido del agua en su recorrido por el arroyo, el caso es que la bebida nos supo deliciosa. Más aún, cuando entablamos conversación con gente del pueblo, quienes nos cuentan sus historias y aventuras del día buscando el ganado.

Regresamos a Pola de Somiedo, llega la hora de la visita guiada y la actuación. Tras una ducha nos dirigimos al Palacio. Somos puntuales pero tenemos que esperar media hora para la visita. Este retraso en los pueblos es muy normal. Junto con otras 10 personas tenemos el placer de ver y escuchar las explicaciones sobre este palacio del siglo XIV ó XV, aunque su torre puede ser anterior, con añadidos en los siglos XVII Y XVIII. Aquí nació el economista y político Álvaro Flórez Estreada, que le da su nombre. Está enclavado en un lugar estratégico por su belleza y serenidad, ideal para el recogimiento y descanso. Conservan multitud de artilugios, útiles y herramientas de otros tiempos que decoran con gusto los salones. Tras la visita nos sentamos en el jardín para presenciar el espectáculo de versos y música.

El entorno se viste con sus mejores galas para acompañar a los artistas. Por un lado, el día se va apagando dando paso a la noche que con sutileza nos va cubriendo con su manto en un ambiente sereno y placentero, en sintonía el murmullo del agua procedente del río y por otro esos versos y canciones de siempre. Bien relatados y mejor cantados nos deleitan y llegan hasta nuestro interior consiguiendo hacernos pasar unos momentos deliciosos y románticos.

Cogidos de la mano vamos al restaurante para la cena. Hoy preferimos que el camarero nos aconsejase los platos: Nos sorprende con una exquisita sopa de verduras, pollo de corral y un trozo de tarta de arándanos. El día ha sido muy completo y regresamos al hotel. En la habitación un beso y una caricia son el inicio de una noche de amor.

No hace falta despertador, el gallo del vecino nos indica que ya es de día. Bajamos al desayuno y charlamos un buen rato con Cesáreo. A las once hemos reservado para la visita guiada de la central eléctrica La Malva que se encuentra a unos tres kilómetros carretera abajo. Tenemos tiempo y decidimos ir andando a pesar de las estrecheces del camino y tener que pasar un túnel de unos 80 metros de largo sin luz.



A la llegada ya hay gente esperando. La guía toma nota de nuestros nombres y nos informa que faltan unos 20 minutos por eso de la cortesía. Aún falta gente por llegar. Entre mayores y niños formamos un grupo de unas veinte personas y seremos guiados y aleccionados por María.

No habíamos visto nunca una central hidroeléctrica por dentro y la verdad es que merece la pena. A modo de resumen podemos resaltar que el edificio se terminó de construir en 1917, en plena revolución industrial, fue vital para el desarrollo económico de la zona y se encontró con numerosos obstáculos como la construcción de la carretera de Somiedo, necesaria para facilitar el tránsito de materiales y personas, dentro de un territorio escarpado y muy complicado a 1500 metros sobre el nivel del mar. La planta dio trabajo a más de 40 familias. *“El agua nos dio trabajo y trajo dinero y modernidad”* decía un testigo directo de aquellos tiempos.

El edificio es una construcción característica de la arquitectura industrial de primeros de siglo XX, consta de dos naves de 2 plantas construidas en mampostería con arcos de herrería. En la planta baja están instalados los 4 alternadores que generan 44000 MWh de media al año y la planta de arriba fueron dedicadas a viviendas del director y encargado. Es abastecida por los Lagos de Somiedo y los ríos del Valle y Saliencia. Actualmente disponen de un museo o exposición permanente de la maquinaria y el taller, hoy en desuso, con sus útiles y herramientas desde sus principios. Pero lo más importante es que el agua, sin sufrir ningún tipo de transformación, hace su trabajo, generando esta energía limpia y dotando de luz a multitud de familias, para después seguir su curso por el río en busca del mar.

Regresamos al pueblo pero esta vez en el coche de María quién muy amablemente se ha ofrecido para llevarnos. Como es pronto para comer damos una vueltecilla por sus amplias calles y vistamos la iglesia dedicada a San Pedro. En su altar principal llama la atención una talla en madera de un Cristo mutilado de pies y brazos. Ya no se conforman con crucificarle en la cruz que incluso se atreven a dejarle sin brazos y sin pies... En la fachada norte aparece el escudo de los Flórez Estrada y reza la siguiente inscripción: *A Francia fue un caballero/de los Flórez principal/y entrando en casa real/sacó de allí una doncella/la cual por ser tan bella/se la quisieron robar/y él empezó a pelear/y la supo bien guardar.*

Después de la comida volvemos al pueblo de La Peral. Nos han comentado de un recorrido que discurre por un camino de tierra desde donde puede contemplarse unas vistas de ensueño del valle y la montaña al atardecer. También puedes tropezar con un oso, gato montés o algún que otro ciervo



En la última casa del poblado y a la sombra de un quejigo encontramos sentado a un señor mayor, de unos 85 años, a quién preguntamos por el sendero y con quién nos entretenemos hablando un buen rato de cosas de la vida, de lo que fue y de lo que es. De cómo se vivía antes y de cómo se vive ahora. Memoriza viejos tiempos cuando se casó y fueron a vivir a la

casa que ahora solo habitan en verano.

Aquellos tiempos tan duros, especialmente los crudos inviernos, sustentándose de unas pocas vacas, la hierba de los prados y de lo poco que conseguían sacar de una pequeña huerta al pie de la vivienda. Allí cultivaban con cariño y esmero unas patatas, cebollas, calabazas, berzas y repollos que guardaban en la despensa. *“Cuanto hambre nos quitaba en el frío invierno”*- Nos dice.

Durante la conversación pasan por nuestro lado varios personajes provistos de buenos equipos de prismáticos, cámaras y telescopios. El buen señor nos dice que son observadores que vienen en busca de osos y otros animales. También nos cuenta que en la tarde del día anterior habían visto un oso durante un buen rato. Nos despedimos y encaminamos nuestros pasos por el camino indicado.

La tarde se presenta espléndida, con cielo escaso de nubes y una excelente temperatura. El camino se marca en media ladera de la montaña acompañado de algún chaparro, abedul o roble que nos resguardan y dan sombra. Al pisar algunas hierbas el ambiente se impregna de un perfume incomparable a tomillo y otras hierbas aromáticas. Después de una hora caminando encontramos a dos señores observando muy atentos la montaña y entablamos conversación con ellos. Al final nos invitan a quedarnos pues es muy posible que el oso vuelva por sus pasos del día anterior. Mientras nos enseñan videos y fotos, que han conseguido en otras ocasiones, de osos subidos a un cerezo comiendo la fruta o de un gato montés a la espera de su víctima, una manada de lobos y otros tantos rebecos.

A última hora de la tarde nos visita una víbora, de unos 40 centímetros, atraviesa el camino muy cerca de donde estamos sentados. Da un poco “repelus” pero son parte

de la naturaleza y debemos respetarla, merece la pena observar sus movimientos y los dibujos de su camisa.

Uno de los observadores nos alerta, ve moverse algo en lo alto de la montaña...

Falsa alarma, es un grupo de rebecos pastando. Nos dejaron avistarles tanto por los prismáticos como por el telescopio, por éste es una chulada parece que les tienes ahí a pocos metros.

Continuamos con nuestras conversaciones hasta que el sol termina por esconderse por el horizonte, en pocos minutos caerá la noche, las esperanzas de avistar algún oso se esfuman, pero de pronto:

- *toma lo prismáticos y mira allí en la V de la cima,*- le digo al dueño de los aparatos. Un oso de unos cuatro años, según nos dicen, inicia la bajada en busca de la cena.

¡Que emoción! Como desciende por la ladera vigilante pero sin prisas y sin miedos. Verle por el telescopio es algo maravilloso. Después de unos minutos se interna entre los árboles y ya no volvemos a verle. La noche apaga las luces del día y es el momento de regresar.

Cogemos el dos y vuelta al coche, pero en esta ocasión llenos de emoción y enormemente satisfechos por lo que hemos podido contemplar. Algo inolvidable.

Nos despedimos muy agradecidos de nuestros contertulianos y compañeros de la tarde por su generosidad y amabilidad.

La cena la hacemos en un bar cerca de nuestro hotel a base de unas raciones de queso y deliciosa cecina de ciervo y aprovechando que hay futbol en la tele.

Como los días precedentes a poco de amanecer bajamos al desayuno y no falta la conversación con Cesáreo, quién nos dice que hemos tenido mucha suerte pues la excursión para avistar osos cuesta unos 60 euros por persona y pocas veces se consigue verles. Respecto a nuestra idea de realizar el sendero de las Brañas de Mumian nos previene que tiene un tramo con un poco de riesgo cuando discurre por paredes muy escarpadas y un resbalón nos puede traer graves consecuencias.

Después de liquidar nuestras cuentas del hotel, metemos las maletas en el coche y por la carretera dirección al Puerto llegamos al Llamardal.

Un cartel nos indica que si no somos vecinos o ganaderos debemos dejar el coche en el aparcamiento al pie de la carretera. Con mochila y bastones en mano iniciamos el ascenso a la población entre prados de siega y algunos pequeños arbustos. La aldea son dos casas que han rehabilitado recientemente pero hoy parece que no hay nadie. Una señal nos indica el camino a seguir. Una suave ascensión a media ladera

recorre las fincas, separadas por vallas de piedra. En este primer tramo se dejan ver algunos árboles como hayas, arces, robles, acebos, abedules y otros matorrales. Continuamos por el sendero ahora mucho más estrecho y peligroso por los posibles derrapes y caídas, la vegetación se limita a cuatro matorrales y piornos. El paisaje es de una gran belleza con hermosas vistas del valle y de las crestas de Pico Mocosó y la Sierra del Páramo.

Han pasado unas dos horas desde el parking y ya divisamos la Braña de Mumián. A medida que avanzamos van mostrándose tras la loma distintas cabañas o teitos, hasta llegar a la fuente del poblado. Junto al caño siguen existiendo antiguas olleras, utilizadas en otros tiempos para mantener la leche fresca.

Estamos haciendo unas fotos cuando llega un todoterreno con una familia propietaria de uno de los chozos. Gente más o menos de nuestra edad acompañados por la abuela quién nos cuenta un poco cómo funcionan las brañas. Son lugares ricos en pastos y agua habitado por vaqueros en el periodo estival, o como nos dice la abuela desde que se retiran las nieves hasta que vuelven.



Los teitos están diseñados para aprovechar al máximo los recursos, sirven para el almacenaje de forrajes, vivienda del vaquero y cobijo para el ganado cuando el momento lo requiere:

“Trabajábamos en comuna, nos ayudábamos unos a otros”, nos dice. “todos los días uno de nosotros bajaba la leche al pueblo. No parábamos ni un solo momento y cuando teníamos un poco de tiempo libre lo empleábamos en cortar retamas para apañar los tejados o cortar lecha para la lumbre”.

Es un placer escuchar a esta mujer y trasladarnos en el tiempo para darnos cuenta del durísimo trabajo de estos oficios, haciendo la trashumancia desde el valle a las alturas en busca de pastos para el ganado, viviendo alejados de la familia durante meses y subsistiendo con pan duro, queso, patatas y algunas legumbres con las que hacían el puchero...

Echamos un buen trago de agua de la fuente e iniciamos el camino de retorno.

Terminada la ruta hemos parado a almorzar en el bar de La Peral. Para reponer fuerzas unos exquisitos entrecot en su punto hacen las delicias de nuestro paladar. No queremos perder mucho tiempo y tras tomar un buen café iniciamos el camino de regreso. Queremos evitar conducir por la noche.

Y aquí dejamos estos lugares preciosos, maravillosos por sus paisajes y entornos que podríamos comparar con el paraíso, pero mejor aún ha sido el trato su gente encantadora que nos ha acogido en sus pueblos como si fuéramos su familia.

Hasta pronto.